

Adicciones: la fuerza del vínculo

Desde nuestra larga experiencia entrevistando familias, padres, esposos, aprendimos a escuchar detrás del relato de las trágicas situaciones de consumo, la enorme distancia que de a poco se instala entre la persona que consume y los miembros de su familia.

Cambios de conducta tan sutiles, tan poco reconocibles a veces, que sólo la repetición los hace evidentes y comienzan a mostrar que algo ocurre en la relación entre el consumidor y las personas de su entorno.

Desde nuestro punto de vista, todo joven que consume desarrolla una determinada “ceremonia secreta” donde se va configurando una especial relación entre él y la sustancia que consume. Este ritual, por lo secreto, necesita de una enorme elaboración para instalar esta particular dependencia entre el consumidor y la sustancia. Toda la creatividad, toda la energía, todos los esfuerzos del consumidor, en suma, se concentran en el vínculo del adicto con la droga. Poco espacio queda, entonces, para otros vínculos y relaciones alejadas de la droga.

Conocemos los diferentes efectos que producen el consumo de las distintas sustancias. Sabemos de los efectos especiales que producen el alcohol, la marihuana, la cocaína, los ácidos, cualquiera de ellas, según la persona, la cantidad y el momento. Pero, dado que los efectos de cada sustancia son tan personales, aunque existan patrones y conductas comunes, lo sutil del efecto es único entre ese consumidor y esa sustancia. Es evidente, entonces, que esta relación requiere, una creciente participación y dedicación por parte del consumidor con la sustancia que, al igual que un amante celoso, impide con su exigencia la participación de nadie más. Cualquier miembro de la familia del consumidor que haya observado esos sutiles cambios de conducta, necesita de un tiempo hasta descubrir y comprender la razón de estas modificaciones y de cómo interfieren en toda posibilidad de contacto con el consumidor.

Quisiera describir algunas de las distintas formas de “distancia” a las que me refiero. En los más jóvenes, por ejemplo, vemos que pierden la vinculación con sus tareas específicas -colegio, deportes, antiguos amigos, hábitos y formas de encuentros familiares-; la sustancia los coloca “detrás de un vidrio blindado” desde el que miran, ven, son mirados, pero la comunicación con los otros progresivamente desaparece. Vemos también cómo el vínculo entre el adolescente, su familia y su entorno comienza a romperse, no por un proceso de individuación sino por intermediación de la sustancia.

En los más grandes, vemos que en apariencia se mantienen ciertas conductas habituales sin modificación, tales como: sostener el trabajo y el estudio, que aunque puedan ser todavía exitosas, curiosamente, en muchos casos, aparecen los conflictos. En lo cotidiano, los tiempos del consumidor se modifican, su interés por la vida pierde motivación y las ausencias son imprevistas y sin conciencia de tiempo. Estas modificaciones, que se agregan a la incapacidad de tomar en cuenta al otro, son descriptas con dolor por las esposas de los consumidores. En este vínculo, tan cercano e íntimo como es el de pareja, toda modificación, por leve que sea, lo altera y lo amenaza. Una vez instalada la conducta de consumo, es notoria la distorsión en las relaciones y la distancia emocional entre el consumidor y sus seres próximos.

Más allá de las diferentes lecturas que podamos darle al consumo, es evidente también la peligrosa modificación del vínculo, el ataque a la cercanía afectiva, la distancia entre el “estar” y el establecer un contacto real con los demás, el no tomar en cuenta al otro, el ya no saber que existe algo más que “el consumo y yo”.

En los años ochenta, Jay Haley -reconocido terapeuta familiar de los Estados Unidos- en su libro sobre adolescentes “Leavig Home”, describe un proceso de entrevista familiar con un joven que consumía heroína. Parafraseando el nombre de la película –“Hiroshima, mon amour”-, famosa en esa época y que trataba sobre lo relativo, lo efímero y lo frágil de los vínculos-, describe este caso con el nombre de “Heroína, mon amour” en un video que él luego edita y que tuvo gran repercusión universal. La entrevista muestra con claridad cómo el desplazamiento del vínculo amoroso del sujeto hacia la sustancia, rompe la posibilidad de comunicación con los otros, ya que el consumidor llama a la sustancia “my love”. Quedan así todos aislados, tanto el consumidor como los que lo rodean.

Sobre esta observación se apoya nuestra ideología para la recuperación: tomamos al paciente y a su contexto familiar para trabajar, en primer lugar, la interrupción del consumo y, de esta manera, permitir nuevamente la reaparición de las emociones. Recién en ese momento intentamos restablecer aquellos vínculos sanos que quedaron ocultos y “anestesiados” por intervención de la sustancia.

Las conductas distorsionadas que nos muestran los adictos, son tan espectaculares que nos llevan, con frecuencia, a construir grandes teorías para comprender el significado de tanto ruido. Confundidos, no miramos lo más sencillo, lo más eficaz, aquello, lo que nos da la oportunidad de éxito: la secuencia que comienza con el consumo continúa con la distorsión de las conductas y concluye con la ruptura del vínculo.

Comprender esta secuencia es clave para entrar en el mundo de las adicciones: allí encontraremos las opciones que lleven al adicto hacia el cambio y la recuperación.

Susana Barilari

Directora de la Fundación Proyecto Cambio
Buenos Aires, marzo de 2001.

4553-6777
proyectocambio@sion.com

Este artículo fue publicado en el diario “La Nación” en marzo de 2001, bajo el título: “Adicciones: Una Enfermedad del Vínculo”